

**BOLETÍN
DE LA
REAL ACADEMIA
DE EXTREMADURA
DE LAS LETRAS Y LAS ARTES**



Tomo XXIV

Año 2016

BOLETÍN DE LA REAL ACADEMIA
DE EXTREMADURA
DE LAS LETRAS Y LAS ARTES

BRAEX

(Boletín de la Real Academia de Extremadura de las Artes y las Letras)

Tomo XXIV

Año 2016

DIRECTORA

Excma. Sra. Dña. Carmen Fernández-Daza Álvarez

CONSEJO ASESOR

Excmos. Sres.:

D. Francisco Javier Pizarro Gómez, D. Manuel Pecellín Lancharro, D. Feliciano Correa Gamero, D. Salvador Andrés Ordax, D. Manuel Terrón Albarrán, D. Miguel del Barco Gallego, D. Francisco Pedraja Muñoz, D. Pedro Rubio y Merino, D. Antonio Viudas Camarasa, D. José Miguel de Mayoralgo y Lodo, D. Eduardo Naranjo Martínez, D. Luis García Iglesias, D. José María Álvarez Martínez, D. Antonio Gallego Gallego, D. Antonio Montero Moreno, D. Gerardo Ayala Hernández, D. Luis de Llera Esteban, Dña. Pureza Canelo Gutiérrez, D. Jesús Sánchez Adalid, Dña. María Jesús Viguera Molins, D. José Luis Bernal Salgado.

Correspondencia y suscripciones:

Real Academia de Extremadura de las Artes y las Letras

Palacio de Lorenzana

Apartado de correos 117

10200 Trujillo, Cáceres (España)

Patrocinio:

Presidencia de la Junta de Extremadura.

Colaboración:

Excma. Diputación Provincial de Badajoz

Maquetación: Docunet *digitalizaciones* (BMD)

ISSN: 1130-0612

Dep. Legal: BA-000729-2016

Imprime: Servicio de Publicaciones de la Excma. Diputación Provincial de Badajoz

Printed in Spain.

BOLETÍN DE LA REAL ACADEMIA
DE EXTREMADURA
DE LAS LETRAS Y LAS ARTES



Tomo XXIV- Año 2016

ISSN: 1130-0612

Índice

<i>Partituras: Dos Elegías, Himno de la Real Academia de Extremadura de las Letras y las Artes y Marcha Académica.</i> MIGUEL DEL BARCO GALLEGO	9
<i>Música y Humanismo en los poemas de El Brocense</i> ANTONIO GALLEGO GALLEGO	43
<i>En torno a las colecciones artísticas de los Reyes Católicos en los reales palacios y monasterios</i> FRANCISCO JAVIER PIZARRO GÓMEZ	71
<i>Biografía de Salvador M^a de Mena (1754-1788), el abogado de la Escuela Poética Salmantina (I)</i> ANTONIO ASTORGANO ABAJO	101
<i>Contribución de Extremadura a la historia política de España. El papel de las minorías en los procesos de regeneración</i> JOSÉ JULIÁN BARRIGA BRAVO	173
<i>Una singular novela poemática: Las respuestas del agua, de José María Saussol</i> MARÍA JOSÉ FLORES REQUEJO	199

<i>Los cines parroquiales de la Diócesis de Coria-Cáceres: una reconstrucción documental desde las Ciencias Sociales</i>	
ANGÉLICA GARCÍA-MANSO	219
<i>Alonso Vázquez de Cisneros, oidor y juez visitador de la Real Audiencia de Santafé de Bogotá y sus Ordenanzas de indios de 1620 (I)</i>	
VÍCTOR GUERRERO CABANILLAS	247
<i>Badajoz 1812, provecho y espectáculo de la ciudad tomada (I)</i>	
JACINTO J. MARABEL MATOS	279
<i>Libertos en Tierra de Barros (Badajoz) en la Edad Moderna: el estigma de la ilegitimidad</i>	
ESTEBAN MIRA CABALLOS	293
<i>Colegios jesuíticos de Extremadura: Don Pedro Ordóñez Flores y la frustrada fundación brocense</i>	
BARTOLOMÉ MIRANDA DÍAZ Y DIONISIO Á. MARTÍN NIETO.....	337
<i>El tiempo de las Fundaciones</i>	
JUAN CARLOS MORENO PIÑERO	369
<i>Las sepulturas de privilegio. Presencia en la Alta Extremadura</i>	
FRANCISCO SAYANS	427
<i>Del texto dramático-lírico a la representación: la obra dramática fuente de la ópera, el libreto y la puesta en escena. Un breve ejemplo en Don Giovanni</i>	
MARÍA VICTORIA SORIANO GARCÍA	479
<i>Actividades de los señores académicos.....</i>	527

Contribución de Extremadura a la historia política de España. El papel de las minorías en los procesos de regeneración

JOSÉ JULIÁN BARRIGA BRAVO

Una de las cuestiones más enigmáticas en relación con la historia de Extremadura es esa especie de *síndrome pendular* que la aqueja, y que consiste en la secuencia de etapas de esplendor y dinamismo seguida de otras de oscurantismo y pasividad. O lo que es lo mismo: cómo explicar el hecho de que, a lo largo de su historia, se hayan producido periodos de indudable brillantez y, poco después, y más prolongadamente, fases de oscuridad. Se podrá argumentar que este fenómeno no es exclusivo de la región extremeña, sino que es el destino de toda sociedad cuando se la observa con sentido historicista. Sin embargo, y a pesar de ello, el “síndrome pendular” en la historia extremeña es mu-

cho más patente o al menos reviste oscilaciones más destacadas tanto en sus periodos de notoriedad como en las fases de decaimiento. Junto a momentos de tanto reconocimiento como su contribución al Descubrimiento y Colonización de América, la historia de Extremadura registra prolongados periodos de aletargamiento. La constante *pendular* no se limita a este periodo señero, aunque sí prototípico, sino que ha tenido otras similares como es el caso del siglo XIX, en el que, sorprendentemente y, por vía de ejemplo, cinco extremeños alcanzaron la presidencia del Gobierno de España. Nunca, ni antes ni después, en ninguna otra época, los extremeños alcanzaron tan alta magistratura.

La reflexión que se pretende en este trabajo, que por otra parte no tiene vocación académica sino que se plantea como una interpretación más de la historia extremeña, viene determinada por la celebración del doscientos aniversario de una de las instituciones que mejor representan el espíritu innovador y regeneracionistas de nuestra historia y que, por suerte para todos los extremeños, sobrevive y muestra signos de pujanza: la Real Sociedad Económica Extremeña de Amigos del País de Badajoz.

¿Cómo explicar que un territorio que ha sufrido como ningún otro la imagen del atraso y de la incultura, registre de repente momentos fulgurantes que difícilmente encuentran explicación lógica o aparente? Como no se trata de examinar el conjunto de la historia de Extremadura y sí en cambio de seleccionar algunos de los momentos que mejor representan el *complejo pendular* de su historia, mi reflexión se circunscribe al papel que los extremeños han tenido, en épocas muy determinadas, en la política general de España, admitiendo que, al igual que

en la política, se podrían analizar otras contribuciones y muy especialmente en lo que se refiere a las artes y a la literatura.

En segundo lugar, se trata de interpretar la función que, en esas coyunturas históricas, desempeñaron las minorías ilustradas como demostración de la capacidad de la sociedad extremeña de regenerarse y de mostrarse no solo en igualdad con el resto de las regiones de España, sino también de sobresalir contribuyendo al gobierno de la nación. Si el progreso de cualquier sociedad o pueblo se puede explicar mediante la labor que determinadas minorías jugaron en los procesos de avance, en el caso extremeño este fenómeno es aun más sobresaliente. Las minorías, cuando no una personalidad determinada, han sido las responsables o las protagonistas de esos momentos estelares de los pueblos hasta el punto de que la historia de Extremadura puede también explicarse por razón de que existieran o no esas elites de personalidades sobresalientes. En sentido contrario, su ausencia justificaría las épocas de ostracismo que ocupan, con diferencia, la mayor parte de su historia.

Un pacense de mucho mérito y por desgracia olvidado, José López Prudencio, publicó un pequeño volumen afortunadamente rescatado en 1980 por la Diputación Provincial de Badajoz con el título de *Extremadura y España*, que no es otra cosa que un ensayo sobre la misma cuestión que trato de abordar. Como también lo es, desde otra perspectiva, la obra de Adolfo Maíllo García, uno de los pedagogos más prestigiosos de la mitad del siglo XX, muerto en Madrid con 94 años, autor de más de medio centenar de tratados pedagógicos y de una obra de plena vigencia: *Extremadura en la Encrucijada*. La *encrucijada* no fue otra que la oportunidad de progreso que a los extremeños se les presentaba

durante la Transmisión Política hacia la Democracia en el tiempo en que la Comunidad estrenaba autonomía. Adolfo Maíllo era de la opinión de que aquella podría ser una ocasión inmejorable para dejar atrás siglos de infortunio y de decaimiento.

Estos dos escritores, y en concreto dos de sus obras, me servirán para confrontar la percepción que aun hoy día mantienen las elites extremeñas en cuanto a la importancia que su Comunidad juega en la España actual y a lo largo de su historia. *Extremadura y España* de Prudencio y *Extremadura en la Encrucijada* de Maíllo, la primera publicada en 1903, la segunda en 1977, conforman la doble cara de un mismo asunto, la del voluntarismo y la del pensamiento crítico. Merece la pena profundizar en esa doble visión, a mi juicio complementaria, sobre la historia y la realidad de nuestra región.

En la obra de López Prudencio aparecen perfectamente documentados los momentos estelares de la historia de Extremadura, desde Viriato al siglo XIX. La narración abarca la Reconquista, el descubrimiento de América, la obra extraordinaria y muy poco valorada de los frailes extremeños en Filipinas y en Japón, hasta esa gran eclosión de talento ocurrida a lo largo de todo el siglo XIX. Por las páginas de "Extremadura y España" desfila el conjunto de extremeños que sobresalieron en el campo del pensamiento, la milicia, las artes o la ciencia. No es un panegírico o canto general a Extremadura, aunque a menudo el entusiasmo del autor por su tierra lo parezca. El hilo conductor del relato es el siguiente: "en todas las épocas, no solo durante la conquista de América, -escribe López Prudencio- ha podido verse comprobado que Extremadura jamás en el andar de la historia de España ha estado ausente ni ha dejado de aportar intervenciones in-

teresantes en todos los grandes momentos de la vida nacional". Como colofón de la "pasión lírica" por Extremadura, el autor de *Bargueño de saudades*, en el que tantos de mi generación aprendimos a amar nuestra tierra, dejó escrito algo cierto, pero tal vez exagerado: "lo que hizo la gente extremeña no cabe en los límites de la historia. Pertenece a los dominios de la Historia Universal".

Adolfo Maíllo, casi un siglo más tarde y con mayor rigor, se enfrenta a esta misma cuestión, pero, obviamente, con mayor rigor y con menor entusiasmo lírico. "Con amor y con dolor" traza la encrucijada de Extremadura en el periodo de la Transición como última oportunidad de enderezar su rumbo histórico después del largo desierto de la dictadura. Y como primera misión se propone desmitificar la historia despojándola de fantasías heroicas y de los estereotipos en que la habían dejado los panegiristas del último siglo, sin dejar de reconocer el destacado papel desempeñado por extremeños excepcionales, pero limitando su importancia a sus justos términos teniendo en cuenta lo que otras regiones o territorios podrían alegar. "Jamás -señala Maíllo- se subrayará suficientemente el daño que han hecho a Extremadura historiadores y eruditos invitando a sus habitantes a dormir el sueño del presente arrullados por las viejas glorias sin proyectos para el futuro". Es lo que él mismo califica de "preteritomanía".

Mayor interés tiene en cambio la aportación que Adolfo Maíllo hace a uno de los aspectos más interesantes de la realidad extremeña en todas las épocas: la ausencia de minorías capaces de doblar el pulso al subdesarrollo y al déficit de progreso de la tierra. Es sin duda la razón principal que explica el *zigzag* en el que ha transcurrido el pasado "gadianesco" de los extremeños, determinado, en algunos mo-

mentos de su historia, por un fogonazo de personalidades relevantes, y, en otros, las más de las veces, por el estancamiento, es decir por la ausencia de minorías de progreso. "Ojalá -concluye Maíllo- , pasado ya el tiempo de los minorías nacidas de los poderes oligárquicos del pasado (Iglesia, Corona y Milicia) y de sus poderes colaterales, llegue el tiempo de las minorías democráticas, nacidas del pueblo, pertenecientes a las clases medias, para salvar al pueblo del atraso secular".

Intentaré interpretar los tres momentos estelares de la contribución de Extremadura a la política general de España y que, como es de común aceptación, responden, por orden cronológico, a la Mérida romana, al descubrimiento de América y al siglo XIX. Sin caer en el voluntarismo de López Prudencio se puede afirmar que muy contadas regiones han tenido una aportación comparable a la que Extremadura realizó en aquellas mismas épocas. Por otra parte, ningún otro periodo histórico puede equiparse a los tres señalados, pues tratar de equipararlos con otros equivaldría a minusvalorar o restar esplendor a los tres reseñados, con la única excepción de Guadalupe como centro de religiosidad global y como eje difusor de cultura y de inteligencia.

La importancia de Emérita como capital de la Lusitania y del reino visigodo está instalada en cualquier tratado de historia y es el prólogo obligado de toda interpretación del pasado extremeño, pero añadiendo a renglón seguido el abandono, la incultura y el descuido en el que permaneció Mérida a lo largo de los siglos, tal como la encontraron Antonio Ponz en el siglo XVIII, Larra en 1835 o José Ramón Mélida en pleno siglo XX, cuando las venerables ruinas romanas eran campos de cultivo de garbanzos. De Larra nos queda la visión sombría de Mérida: "la humilde Mérida, semejante a las aves nocturnas,

hace su habitación en las altas ruinas. Es un hijo raquíutico que apenas alienta, cobijado por la rica faldamenta de una matrona decrepita. Es un niño dormido en brazos de un gigante".

Tras de Mérida, el paradigma de la contribución de Extremadura a la historia, la edad de oro de la historia de Extremadura, en este caso sin ningún género de dudas, es su participación en el descubrimiento, conquista y colonización de América. Y habría que dejar aclarado, de una vez por todas, el papel de los extremeños en América y deshacer aquella duda que uno de los mejores periodistas de comienzos del siglo XX, Luis Bello, dejó escrita cuando trató de averiguar "si los extremeños de la Conquista eran en realidad extremeños, de sangre y raza, o dominadores de Extremadura afincados y establecidos en el suelo que invadieron sus mayores".

En cualquier caso, ¿qué región, qué otro territorio de Europa, del mundo civilizado, tiene en su patrimonio histórico una contribución tan dilatada, tan notable, como la que tuvo Extremadura en América? ¿Qué región, qué otro territorio con una contribución tan destacada, tan sobresaliente como la extremeña en América, ha cometido la torpeza de abandonar, relegar, a punto de avergonzarse de quienes protagonizaron una aventura pocas veces igualada en la historia de la Humanidad? ¿Cuál es la razón profunda del complejo que aqueja a las instituciones regionales para esconder, casi sepultar, el legado americanista de Extremadura? Independientemente de los nombres más importantes de los conquistadores y colonizadores, Extremadura llevó a América una legión de artesanos, de frailes que lucharon por los derechos de los indios, de gentes del común que construyeron hospitales y catedrales, llevaron la música, la cultura, la ciencia, la lengua, el pro-

greso. Recuerdo haber leído una cita de un clérigo extremeño de finales del siglo XIX descriptiva de la tarea desarrollada por los frailes extremeños en América y Filipinas. Repetía Escobar Prieto, deán de la catedral de Plasencia, aquello que algunos escritores antiguos referían de la conquista: “los alemanes en sus colonias levantaban ante todo un castillo, los ingleses una factoría, los franceses un salón de baile y los españoles una iglesia, debiendo añadir –afirma Escobar Prieto–, para ser justos nosotros, que no olvidábamos las escuelas y talleres”. Pero toda esta ingente aportación, sin olvidar el mestizaje como otra forma de aportación a la historia de América, ha quedado relegada en las políticas institucionales que gobiernan Extremadura. En Extremadura hemos llegado al desvarío de haber celebrado una exposición extraordinaria sobre Hernán Cortés en medio del desinterés de los extremeños y de sus instituciones y ni siquiera las autoridades del gobierno autónomo se dignaron visitarla. La historia y la interpretación de la presencia extremeña en América están ancladas en viejos y polvorientos estudios y en ridículos complejos y nadie que en la actualidad que ostente alguna responsabilidad podrá librarse en el futuro del descrédito de haber claudicado de su pasado americanista.

Vuelvo al libro de López Prudencio para referirme al tercer momento estelar de la contribución de Extremadura a la política de España y a la amplísima y destacada nómina de extremeños en el pensamiento y en la política a lo largo de todo el siglo XIX, en el que se registró la circunstancia sorprendente y extraordinaria de que cinco políticos nacidos en esta tierra alcanzaran, en esa centuria, la más alta magistratura de la Nación, la presidencia del Gobierno: Manuel Godoy, Juan Bravo Murillo, José María Calatrava, Antonio González y González y Álvaro Gómez Becerra. Se dio la circunstancia de que a un presidente

del Gobierno de España nacido en Badajoz le sustituyera otro nacido en Cáceres. Tal fue el caso del relevo de Antonio González por Gómez Becerra, sin olvidar otra coincidencia extraordinaria: el hecho de que los dos bandos ideológicos contendientes en el convulso siglo XIX, absolutistas y liberales, estuvieran liderados por dos extremeños.

Durante esta centuria ocurrieron en España tres grandes acontecimientos: la Guerra de la Independencia, las Cortes de Cádiz y, a partir de ella, una serie de movimientos políticos tectónicos de avances y retroceso en el nacimiento de la España moderna: Absolutismo, Trienio Liberal, Década Ominosa, Bienio Progresista, Primera República, Restauración, etc. En todos ellos actuaron o fueron protagonistas destacadas personalidades nacidas en Extremadura y otras ejercieron una influencia relevante en el pensamiento español en ese periodo. Trataré de interpretar esta especie de milagro de que una tierra que durante tanto tiempo fuera la referencia del atraso y del subdesarrollo, de repente, registrase una eclosión de talento muy superior a la que, en el mismo periodo, tuvieron otras regiones y nacionalidades, e igualmente cuál haya sido la razón de que, tras este fogonazo de talento, Extremadura volviera al lugar de obscurantismo al que quedó relegada en la siguiente centuria.

Soy un convencido de la importancia del siglo XIX en la historia de Extremadura hasta el punto de que, en mi opinión, constituye una verdadera edad de plata, si es que no iguala en relevancia al papel que los extremeños desempeñaron en la conquista y colonización de América. Y no es fácil de explicar las razones que pueden esclarecer este hecho sorprendente porque no era Extremadura el territorio más favorable para promover aquel fenómeno inédito de profusión de persona-

lidades. No reiteraremos las condiciones de postración de aquel territorio lejano, situado en la periferia de la nación, poblado por algo menos de medio millón de habitantes según los censos de Ensenada y Floridablanca, con más de un 70 por ciento de analfabetismo. Solo el clero y una reducida minoría de propietarios rurales y funcionarios tenían acceso a la cultura. El estamento clerical estaba integrado por unos 3.500 individuos de clero regular y otros tantos frailes y monjas. Extremadura era, pues, tierra abonada para la siembra de nuevas ideas por parte de unas minorías que, con solo el concurso de la lectura y escritura, se situaban en posición dominante y de influencia.

En este contexto, en estas circunstancias, es en el que se registra esa explosión de grandes personalidades que han dejado huella en la historia de España y cuya relación sucinta sería la siguiente:

1. Pedro de Quevedo y Quintano (Villanueva del Fresno, 1736) obispo, cardenal, político, inquisidor general, miembro del consejo de Regencia durante la Guerra de la Independencia.
2. Esteban Fernandez de León (Esparragosa de Lares, 1748) promotor del bando del alcalde de Móstoles con el que se inicia la Guerra de la Independencia. Formó parte del Consejo de Regencia
3. Juan Meléndez Valdés (Ribera del Fresno, 1754) poeta muy destacado, jurista, íntimo colaborador de Jovellanos, miembro del Consejo de Estado y dirigente del bando liberal progresista.
4. Mateo Delgado Moreno (Oliva de la Frontera, 1756) durante 40 años obispo de Badajoz, otro de los clérigos más influyentes en la jerarquía española del XIX, fundador de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Badajoz.

5. Diego Muñoz Torrero (Cabeza del Buey, 1761) sacerdote, rector de la Universidad de Salamanca, artífice de la Constitución de 1812, promotor del sistema constitucional de libertades.
6. Manuel Godoy (Badajoz, 1767), el personaje más poderoso durante el reinado de Carlos IV y primer ministro, Príncipe de la Paz.
7. Álvaro Gómez Becerra (Cáceres, 1771) presidente del Gobierno, ministro de Gracia y Justicia, político liberal.
8. Francisco Fernandez Golfín (Almendralejo, 1771) militar liberal, ministro interino de la Guerra, diputado en las Cortes de Cádiz.
9. Bartolomé José Gallardo (Campanario, 1776), bibliógrafo, político, activista liberal, diputado, escritor.
10. José María Calatrava Peinado (Mérida, 1781) presidente del Gobierno, ministro de Estado, presidente del Tribunal Supremo
11. Antonio González y González (Valencia de Mombuey, 1792), presidente del Gobierno en dos ocasiones, ministro de Gracia y Justicia, ministro de Estado, presidente del Congreso de los Diputados, embajador en Londres.
12. Juan García Benito (Torre de Santa María, 1797), obispo de Tuy y uno de los clérigos más influyentes en la política absolutista. Fue diputado en las Cortes de Cádiz y redactor de la Constitución del 1812.
13. Juan Bravo Murillo (Fregenal de la Sierra, 1803), presidente del Gobierno, presidente del Congreso de los Diputados, ministro de Gracia y de Justicia, ministro de Comercio, Instrucción y Obras Públicas, ministro de Hacienda y ministro de Marina.

14. Juan Donoso Cortés (Valle de la Serena, 1809), filósofo, parlamentario, político, diplomático, uno de los pensadores más influyentes en la Europa del XIX.

15. Tomas Romero de Castilla (Olivenza, 1833), teólogo, catedrático, impulsor del krausismo en Extremadura y personalidad muy respetada en los círculos progresistas nacionales.

No se agota con ellos la nómina de extremeños de relieve durante este siglo. Otros cuatro desempeñaron carteras ministeriales, tres bajo el reinado de Isabel II y otro más durante el de Amadeo I y Alfonso XII, y los cuatro dentro del bando liberal, lo que confirma el preeminencia liberal de las minorías extremeñas del XIX. Fueron José García Carrasco (Cáceres, 1799), ministro de Hacienda, de familia oriunda del valle de Cameros, cuñado de Donoso Cortés; Facundo Infante Chávez (Villanueva del Fresno, 1786), presidente del Congreso de los Diputados, ministro de la Guerra, ministro de Gobernación y ministro del Interior en Bolivia cuando fue exiliado; José Landero y Corchado (Albuquerque, 1784), ministro de Gracia y Justicia y senador vitalicio; y Adelardo López de Ayala (Guadalcanal, 1828), dramaturgo, presidente del Congreso de los Diputados y ministro de Ultramar. E incluso, retrocediendo en el tiempo, en el umbral del siglo XIX, encontramos a un cacereño entre los políticos más poderosos en la Corte de Fernando VI, José Carvajal y Lancaster, presidente del Consejo de Indias, presidente de la Junta de Comercio y secretario de Estado.

Podríamos continuar con otras figuras realmente excepciones que participaron en acontecimientos en los albores del siglo XX y, sobre todo, con otras que, aunque reducido su ámbito de actuación a los

límites geográficos extremeños, gozaron de prestigio nacional. Pero la profusión de extremeños relevantes en esta centuria podría restar relieve a la importancia de cuatro de los ya mencionados: Godoy, Bravo Murillo, Donoso Cortés y Diego Muñoz Torrero.

Creo que toda España, y muy particularmente Extremadura, están en deuda con uno de los extremeños de más calado de cuantos ha producido esta tierra. Me refiero a Diego Muñoz Torrero, rector de la Universidad de Salamanca a los 29 años, presidente de la comisión redactora de la Constitución de 1812, y uno de los principales defensores del sistema de libertades en la España del XIX. Hace poco más de un año, otro extremeño de Berlanga al que tampoco se le ha hecho entera justicia, Francisco Rubio Llorente, ex presidente del Consejo de Estado, lamentó el olvido en el que toda España mantiene a Muñoz Torrero, cuyos discursos constitucionales están a la altura de los grandes federalistas norteamericanos Jefferson y Hamilton.

De Manuel Godoy está dicho todo o casi todo en su contra. Es uno de los personajes más vilipendiados de la historia. Sin duda no se puede justificar el acaparamiento de poder y de riquezas de Godoy, pero cualquier lector atento de la historia podrá sostener la dimensión modernizadora del pacense, desde su radical oposición a los privilegios de la nobleza hasta su labor de promoción de las enseñanzas universitarias técnicas, gran mecenas de las artes y de la arqueología y de las academias, protector de artistas, pionero en la defensa de la presencia pública de la mujer, etc. Al menos en la actualidad se le reconoce su firme decisión de ejecutar un programa reformista, ilustrado, al que se opusieron ferozmente la nobleza y el alto clero.

En el caso de Juan Bravo Murillo falta por destacar, además de su vertiente administrativa, la contribución a la historia de las ideas políticas de otro de los extremeños con más proyección nacional de nuestra historia, aunque su aportación al pensamiento político haya sido escasamente innovadora. Todavía nos conmueve la peripecia vital de aquel hombre, aún joven y en plenas facultades, hastiado del ejercicio de la política, que rechaza honores académicos y hasta el Toisón de Oro, recluido, reconvertido en escritor y redactor de sus memorias, sus Opúsculos, que, al estilo de Montaigne, reflexiona sobre sí mismo:

“estoy, hace tiempo, fuera del mundo político: mi vida pública ha sido más corta que mi vida natural. Para cuando llego el término de esta, y mi espíritu entre en la región imperecedera, preparo, en los presentes opúsculos, un recuerdo de mi paso por este mundo terrenal”.

El cuarto de los extremeños destacados de la centuria, Donoso Cortés, es todavía fuente de confrontación por cuanto su legado intelectual es utilizado en el enfrentamiento ideológico como representante máximo del pensamiento conservador. Con diferencia, Donoso fue el intelectual español que alcanzó más prestigio en la Europa del XIX, el más europeo de los españoles, en tiempos en los que en Europa lucían las grandes lumbreras intelectuales de la civilización, en la Europa de Rousseau, de Montesquieu, de Voltaire, de Chateaubriand, según nos recuerda Manuel Pecellín en su celebrado manual de pensadores extremeños.

Sería suficiente con la reseña de estas cuatro personalidades del XIX para demostrar la sorprendente fertilidad del talento extremeño

en esta centuria. Sin duda podíamos ampliarla, por ejemplo con la figura de José María de Calatrava, pero al margen de valoraciones e interpretaciones extemporáneas, podemos afirmar que estos extremeños, junto a otros de los ya mencionados, están en la máxima jerarquía de los talentos españoles de la época.

Para no recaer en aquello que Adolfo Maíllo llamaba “preteritomanía” resulta más interesante la reflexión sobre las razones que explican el hecho indudable del protagonismo de los extremeños en la historia moderna de España o sobre las causas que favorecieron que, en una tierra esquilhada por las oligarquías, se registrara esta afluencia de talento. Una de las primeras causas o razones fue la llegada a Extremadura, por supuesto con retraso, -en Extremadura todo ocurre y ocurrió con retraso- de las consecuencias del siglo de las Luces y de la Ilustración. Extremadura vivía sumida en la larga noche del Medievo. La Espada, la Cruz y la Corona, gobernaban una tierra lejana, pero muy rentable para los poderes oligárquicos. Todavía Extremadura era tierra de reparto, como lo fue en época de la Reconquista. Cuando la Corona y la Corte tenían necesidad de recompensar servicios prestados en la guerra o premiar meritos en la Corte, en los confines del reino, en Extremadura, siempre existían tierras, latifundios, para la recompensa. Las Ordenes Militares, la Nobleza, los Cabildos y los Monasterios abastecían la despensa de la Corte. Los extremeños éramos gente de leva o servidores sumisos de aquellos poderes. Un extremeño en Madrid, antiguo alumno de San Atón, Manuel Godoy, hijo de un coronel, representaba con todas sus contradicciones el espíritu de la época: acaparadores de riquezas y influencias, curtidos en las luchas cortesanas, pero permeables al espíritu de la Ilustración y de los afrancesados. Y de repente, de resultas de las luchas dinásticas, los france-

ses, la codicia de Napoleón, invadieron España y, de repente también, se desató una incontenible reacción frente a los invasores. Extremadura sufrió como ningún otro territorio las consecuencias de la Guerra. Y también en Extremadura se produjo una movilización extraordinaria de todas sus minorías frente a los invasores. Las guerras, es bien sabido, producen el efecto subordinado de despertar energías que permanecían dormidas. Lo cierto es que Extremadura quedó devastada, pero despierta.

La segunda razón del papel desempeñado por las minorías extremeñas tiene una estrecha relación con el sorprendente activismo social y político de los clérigos extremeños, directamente a través de individuos que hicieron carrera eclesiástica o bien porque recibieran instrucción o enseñanza en centros eclesiásticos. Hasta época reciente, las clases populares ascendían en el escalafón social a través de la espada o el altar. Lo sorprendente, en el caso de los extremeños, es la profusión de representantes del clero en todos los bandos ideológicos, con mayor preponderancia en la facción de los liberales, en la que Muñoz Torrero fue la figura más sobresaliente.

De las quince personalidades extremeñas que tuvieron influencia en los asuntos nacionales a lo largo del siglo XIX, desde Bravo Murillo a Godoy, diez, al menos, o fueron clérigos o recibieron formación en centros religiosos. En las Cortes de Cádiz, las dos personas más batalladoras, representativas de cada bando, el de los absolutistas y el de los liberales, fueron dos clérigos extremeños notables, el ya mencionado don Diego Muñoz Torrero, entre los liberales, y el obispo de Orense, nacido en Villanueva del Fresno, don Pedro de Quevedo y Quintano en el bando de los reaccionarios. ¿Qué explicación puede tener esta

circunstancia tan sorprendente? Los clérigos extremeños en general no fueron de ascendencia noble o acomodada. Debió existir un fermento de inquietud y de rebeldía intelectual muy notable en aquellos centros que nutrieron a las minorías que hicieron posible o facilitaron aquella manifestación tan excepcional de talento.

En tercer lugar, otra de las razones que explican este fenómeno es la proliferación de sociedades y asociaciones que, bajo la invocación del progreso y de la instrucción de las masas, promovieron la difusión de doctrinas y de movimientos sociales que presagiaban la llegada de la modernidad a regiones tan apartadas de los grandes centros intelectuales como era Extremadura. Y para ejemplo, *la Sociedad Económica* de Badajoz, cuyo bicentenario se celebra a lo largo de este año. No es de extrañar que surgieran movimientos de oposición y de rebeldía entre los estamentos más inquietos intelectualmente, envalentonados además por la supresión del Tribunal de la Inquisición, promovida su desaparición por el clérigo extremeño Diego Muñoz Torrero. *Las Económicas* de Cáceres, Plasencia, Almendralejo, Azuaga, Mérida, Zafra, Trujillo y, sobre todo y entre todas, la de Badajoz, con ese nombre tan redundante pero tan sugerente de *Real Sociedad Económica de Extremadura de Amigos del País de Badajoz*, fueron el instrumento más eficaz de renovación y de progreso. Toda Extremadura fue un territorio virgen y abonado a las ideas progresistas donde antes solo prosperaban cofradías o hermandades religiosas.

Durante el trienio Liberal en Cáceres se crea la *Universidad Libre* bajo inspiración laica. También en Cáceres por aquellas fechas comienza a andar el *Real Colegio de Humanidades*, inspirado por Donoso Cortés,

reconvertido en Instituto de Enseñanza. *La Económica* de Badajoz inspira la Escuela Normal.

El terreno de las *Económicas* venía ya abonado por las *Sociedades Patrióticas*, nacidas al calor de la lucha contra el invasor en la Guerra de la Independencia. Llegaban avaladas por la ideología liberal. Contaban con un instrumento innovador como eran las tertulias ciudadanas, y por una extraordinaria avalancha de publicaciones que sirvieron para criticar y poner en solfa los desmanes del viejo régimen y los excesos del clero. En Badajoz, la *Sociedad Patriótica*, creada en 1820, tuvo como elementos más activos a un grupo de clérigos liberales, y fueron propietarios liberales los que fundaron las *Patrióticas* de Cáceres, Trujillo, Zafra, Mérida y Villanueva de la Serena. Y no deberíamos olvidar la celebridad que alcanzó en muchos ambientes de España la peripecia personal del párroco de Villanueva de la Vera, el cura Mora, fundador de una iglesia rebelde y comprometida con la lucha por la libertad y por la igualdad, digno de protagonizar un episodio de Galdós o de Pío Baroja.

Existe, por último, otro ingrediente importante en el afloramiento de talentos durante esa época: el krausismo, que -y esta es otra de las peculiaridades del XIX extremeño- tuvo en nuestra región una dimensión extraordinaria, muy por encima de lo ocurrido en otros territorios con mayor peso en el contexto de la nación. De la mano del krausismo se crea y se desarrolla la *Institución Libre de Enseñanza*. Siempre me he preguntado por la razón de que un concejal de un pueblo extremeño, Garrovillas de Alconétar, cierto que un personaje ilustrado, figurase entre los creadores de la Institución Libre de Enseñanza. Dieciocho de los cien promotores de la ILE, según el recuento del profesor Pecellín,

fueron extremeños. En este año que conmemoramos el centenario de la muerte de uno de los fundadores de la ILE, don Francisco Giner de los Ríos, es una buena ocasión para recordar y homenajear a aquella minoría de extremeños –minoría en Extremadura, casi mayoría en la ILE- que fueron pioneros del regeneracionismo de España, otro aspecto muy interesante de la contribución de Extremadura a la política nacional, que confirma por otra parte la importancia de las minorías en el progreso de Extremadura.

La difusión del krausismo en Extremadura fue en buena parte obra de Tomás Romero de Castilla (Olivenza, 1833), catedrático de psicología, lógica y ética en el instituto de Badajoz y, durante medio siglo, maestro de varias generaciones influidas por el krausismo y el regeneracionismo. El Seminario de San Atón de Badajoz, la Escuela Normal de Maestros de Badajoz, la Universidad Libre de Cáceres y el Instituto Provincial se constituyeron en centros difusores de las nuevas corrientes de opinión y de activismo intelectual en aquella Extremadura que a duras penas se despertaba del letargo de siglos de dependencia feudal.

Menor incidencia debió tener la masonería puesto que la primera Logia en Extremadura, en Badajoz, no se funda hasta 1878, pero fueron personas influyentes, captadas entre los sectores profesionales más destacadas.

Si el siglo XIX fue una excepción, una rareza, tendríamos que preguntarnos qué ocurrió a continuación y cuáles fueron las razones para que esa llamarada de talento se extinguiera tan pronto como se inicia el siglo XX, aceptando, como no puede ser de otro modo, que las etapas en la vida de los pueblos no coinciden necesariamente con fechas

cerradas y predeterminadas. En el caso de nuestra Comunidad, esa *edad de plata* tuvo continuación, cada vez con efectos más débiles, en las primeras décadas del XX. Probablemente la manifestación más clara de ese periodo de esplendor se aglutine alrededor de una publicación tan señera y tan emblemática como fue la *Revista de Extremadura*, una especie de milagro en aquel páramo cultural con tasas de analfabetismo escandalosas. Iniciada en 1899, un año después del desastre del 98, se prolongó hasta 1911 gracias al esfuerzo y a la generosidad de nueve – y a su cabeza Publio Hurtado– beneméritos cacereños que se empeñaron en situar a Extremadura en el camino de la modernidad aunando dos conceptos que todavía hoy podían ser argamasa para el progreso de Extremadura: regeneracionismo y regionalismo.

De nuevo hay que preguntarse por las razones del obscurantismo que se apoderó de la sociedad extremeña después de aquel dilatado periodo de apogeo de sus minorías. La Restauración, la alternancia en el poder de los dos partidos dinásticos, devolvió –restauró– nuestra región a la situación de dependencia y sumisión a los viejos poderes oligárquicos. Una persona nada propensa a exagerar la imagen de nuestra tierra, otro deán del cabildo de Plasencia, el segundo deán placentino que se cita en este trabajo, don José Polo Benito, promotor del viaje de Alfonso XIII a las Hurdes y declarado beato por el papa Benedicto XVI en 2007, describió de este modo en 1920 a nuestros paisanos: "resignado el pueblo a las venganzas del caciquismo, tan endémico aquí como las calenturas, lo han enseñado a ser manso y paciente; pues ¿no lo veis cruzado de brazos contemplando el desfile aparatosamente procesional de los mandarines de turno, prontas las espaldas a los golpes de la represalia, que en los repartimientos de los cargos municipales , sin citar otros, se llevan a cabo con espantosa impunidad?". Algo

muy parecido escribió, años más tarde, el periodista y político Luis Bello en aquel viaje por las escuelas de España y que, en lo que concierne a Extremadura, hizo observaciones de extremada dureza. Decía Luis Bello que en sus correrías por los pueblos extremeños habían observado lo mismo que el deán de Plasencia dejó escrito: el carácter resignado, pasivo y blando de los extremeños. "Llego a creer -afirma Bello- que así fue siempre, en su ser natural, el extremeño, y que el ánimo dominante de los jefes, cabezas o caciques opresores triunfa precisamente por la blandura de la masa".

Por aquellos años, en mi pueblo, Garrovillas de Alconétar, el candidato conservador, Antonio Garay Vitorica, consiguió el 90 % de los sufragios a diputado en Cortes, es decir, casi el consenso total del censo. Había pagado el voto a 40 pesetas de las de entonces y mis paisanos, abrumados por el hambre o las necesidades, correspondieron con "generosidad", y aquel gesto de sumisión protagonizó unas de las sesiones del Congreso de los Diputados más bochornosas de la historia. Aquel personaje de la burguesía vasca acababa de comprar o de recibir uno de los grandes latifundios de la Orden de Alcántara, la Encomienda de la Clavería, en la Sierra de San Pedro, doce mil quinientas hectáreas, convertidas de inmediato en cazadero real. El prócer vasco fue fundador de Hidroeléctrica Española, más tarde Iberdrola, beneficiaria de los aprovechamientos hidroeléctricos del Tajo. No hablamos de tiempos tan lejanos, aquello que describió el deán de Plasencia, ahora beato Polo Benito, eran los tiempos, si no de mis padres, sí de mis abuelos.

Estas referencias más personales y anecdóticas sirven también para analizar la contribución de Extremadura a la política general de Espa-

ña puesto que de algún modo avalan las razones por las que nuestra tierra, después de aquel fogonazo de talento en el siglo XIX, volvió a la noche de los tiempos. Desde la muerte de aquellas tres personalidades relevantes: Godoy en París en 1851, Donoso Cortés, igualmente en París, en 1853, Juan Bravo Murillo en Madrid en 1873, ninguna otra personalidad ha tenido ni el rango ni la influencia que ellos tuvieron en la política nacional, a pesar de que ha trascurrido más de siglo y medio.

Cualquier lector atento de la historia de Extremadura del siglo XX que trate de encontrar personajes que hayan continuado la estela de los extremeños del XIX, llegaría a esta conclusión: la monarquía de Alfonso XIII solo contó con un solo ministro con antecedentes extremeños, Francisco Luján, ministro de Fomento, hijo de un diputado extremeño en las Cortes de Cádiz, Manuel Mateo Luján, de Castuera; otros dos ministros durante la II República, Diego Hidalgo Durán y Luis Bardají Lopez. El primero nacido en Los Santos de Maimona (1886), ministro de la Guerra, jugó un importante papel en la política militar de la época. Luis Bardají ministro de Instrucción Pública, aunque nacido en Tarragona terminó afincado en Badajoz.

¿Qué personajes extremeños tuvieron alguna significación durante los 40 años de la Dictadura de Franco? En Extremadura nacieron dos de sus ministros, digamos que ministros “menores”, de escasa relevancia: Adolfo Diaz-Ambrona Moreno, de Badajoz, y Jose María Martínez Sánchez Arjona, nacido en Navalmoral de la Mata, pero de muy escasa vinculación con Extremadura. Y, sin embargo, aunque no llegara al Gobierno, el extremeño más influyente en Madrid en el tardo franquismo, especialmente en la vertiente económica y empresarial, fue sin duda el dombenitense Juan Sánchez Cortés, presidente de SE-

AT, subsecretario de Hacienda, director del Patrimonio del Estado. Parece cierto que un accidente del automóvil le privó de ejercer de ministro de Hacienda cuando su nombramiento estaba a punto de tramitarse. Los conocí a todos y no se me ocurre ninguna otra persona de mayor influencia en Madrid.

Como tantos otros de mi generación, soy de los convencidos de que los años de la Transición Política hacia la Democracia -1975/1982- fue uno de los periodos más fecundos y sobresalientes de la historia de España. No me importaría tratar de demostrarlo tanto en lo político como en lo económico y en lo social. Por ello, no cerraré estas reflexiones sobre la contribución de Extremadura a la política de España sin destacar un nuevo destello de personalidades extremeñas en el ámbito de la política nacional. En tiempo tan reciente y con personas sobre las que muchos tienen opinión formada, me atreveré sin embargo a hacer alguna valoración porque es un periodo que viví desde la barrera del periodismo político y, en parte, desde la proximidad a alguno de los protagonistas principales de la Transición. Antonio Hernandez Gil (Puebla de Alcocer), Enrique Sánchez de León (Campillo de Llerena), Alberto Oliart Saussol (Mérida), Juan Ortega y Diaz-Ambrona (Madrid) y hasta el extremeño consorte Juan Rovira Tarazona (Lérida), el primero presidente de las Cortes Constituyentes y los cuatro últimos ministros en los Gobiernos de Adolfo Suarez, conforman un buen plantel de contribuyentes extremeños a la política de la Transición, aunque todos ellos dentro de las ideologías de centro derecha. Al menos tres de ellos tuvieron una presencia destacada. La persona más influyente en los albores de la Transición, en mi modesta opinión, fue Enrique Sanchez de León y también el más implicado en la política y en el desarrollo de Extremadura. Sánchez de León fue uno de los con-

tados personajes que, desde el franquismo, se implicó e impulsó la construcción del nuevo sistema democrático. En la segunda parte de la Transición, Alberto Oliart, que desempeñó tres carteras ministeriales fue el extremeño, aunque nunca ejerció como tal, más destacado. Antonio Hernandez Gil, el presidente de las Cortes que ratificaron la Constitución Española de 1978, presidente de la Academia de Jurisprudencia, del Consejo de Estado, y del Tribunal Supremo, fue figura sobresaliente de aquel periodo y siempre hizo ostentación de su origen extremeño.

Me dirán si con estos nombres se agotan la nómina de los extremeños notables en la política nacional. Mencionaré a otro que acaba de fallecer, Francisco Rubio Llorente, presidente que fue del Consejo de Estado, constitucionalista de enorme prestigio y apenas reconocido en su región. Y no olvido el nombre de quien ostentó la cartera de Vivienda en uno de los gobiernos del socialista José Luis Rodríguez Zapatero, María Antonia Trujillo Rincón, nacida en Peraleda de Zauzejo. Y terminaré refiriéndome a otra forma de contribución a la política general de España desde la propia Comunidad extremeña, una vez que alcanzó su desarrollo autonómico. Me refiero concretamente al papel sobresaliente que han tenido en la vida interna de su partido y, en consecuencia, en la política nacional, los presidentes de Extremadura, Juan Carlos Rodríguez Ibarra y Guillermo Fernández Vara. Uno y otro, en la condición de "barones", un género de autoridad que no figura en los manuales políticos, han sido protagonistas destacados en las polémicas internas de su partido, el PSOE, y en los grandes debates de España. La imagen de uno y otro y su ascendiente político han estado muy por encima del que correspondería a su territorio de gobier-

no. Es otra forma y también destacada de contribución a la política nacional desde el propio territorio.

Al término de estas reflexiones y más allá de simples consideraciones retóricas, parece obligado preguntarse si son muchos o pocos los extremeños que han contribuido a la política nacional de España y si su contribución admite comparación relativa con la de otros territorios. ¿Qué otra Comunidad autónoma puede mostrar una nómina como la de los extremeños del siglo XVI? ¿Qué región puede aportar personajes tan influyentes como los extremeños del XIX? ¿Cuáles y cuántos han sido los extremeños que han dejado huella destacada en la historia y en la cultura de España? ¿Hernán Cortes, Pizarro, Orellana, tal vez también Valdivia, Pedro de Valencia, El Brocense, Benito Arias Montano, Bravo Murillo, Godoy, Zurbarán, Morales, Pedro de Alcántara, Muñoz Torrero, Donoso Cortés...?

Finalmente, una convicción personal pero firme: los extremeños han podido contribuir e influir y gozar de prestigio cuando unas minorías lograron impulsar los resortes de la sociedad extremeña. El siglo XVI, y muy particularmente el XIX, fueron el resultado del potencial de una tierra cuando activa su sociedad civil y sus minorías se movilizan. Diría, parodiando a Luis Bello, como colofón a su viaje por los pueblos de Extremadura: *ninguna región de España tiene tanta fuerza guardada... todo espera el momento de iniciación.*